

que empieza a vivir después del indulto con la asombrosa capacidad para no sentir ningún tipo de remordimiento. Una variación sobre el pasaje bíblico de Lázaro con un Lázaro de verdad cuya resurrección es todo un incordio para sus deudos, mujer incluida.

Las entregas en prosa vienen salpicadas de poemas que no pretenden oxigenar el conjunto, dado que la lectura no resulta monótona. Es sólo el intento del autor por comprometerse con este entrevero, esta anárquica armonía, intento y por supuesto logro de construir un libro verdaderamente distinto.

Crónica de blasfemos

Félix Álvarez Sáenz

Editorial Hipatia. Lima, Perú.

Conforme se habla de Lope de Aguirre, ya sea por medio de la historia, la novelística o la cinematografía, aumenta la leyenda del personaje. Con el tiempo será difícil hacerse a una idea fija y, mucho menos, objetiva. Lo que sí resulta difícil es creer en él como un paladín de la libertad, olvidándose de la codicia común a todo conquistador. Su alfa y omega —el oro— parece difuminarse ante la ambición de fundar un reino aparte donde únicamente imperara la libertad.

Tal es la sensación al leer la excelente novela de Félix Álvarez Sáenz. *Crónica de Blasfemos* relata, por boca de un personaje ficticio, toda la aventura marañona. Marañones fueron llamados los españoles que, comandados por Lope de Aguirre, desconocieron la autoridad del rey y que, según todos los indicios, estaban por formar un reino aparte cuando sobrevino la debacle. Y es aquí donde la historia entra en aguas cenagosas, pues la desgracia de la empresa no se sabe si fue debida a las rencillas entre caudillos, a la represión de las tropas reales o a la ceguera homicida de Lope de Aguirre.

En la empresa de El Dorado estaban cuantos españoles pisaban América en el siglo XVI. Un reino en que hasta las calles eran de oro, era para animar hasta al más vago de los que atravesaban el Atlántico buscando precisamente oro. El Dorado, como todo el mundo sabe, no fue más que un subterfugio inventado por no se sabe qué indios para despistar a los conquistadores y les dejaran tranquilos una vez desvalijados del preciado metal

en el sitio que fuese. De boca en boca, ambas cosas, el supuesto reino y la fórmula para deshacerse de quienes le querían, fueron corriendo hasta ocupar buena parte del continente. Incluso en la Corte se supo de ello y expediciones oficiales se financiaron. El tiempo pondría las cosas en su sitio y nos ha dejado la leyenda para que tejamos sobre ella todo tipo de suertes.

Pero la desesperación fue mala consejera para unos hombres que se sintieron traicionados. Abandonados, mejor. En la empresa doradiana estaban comprometidos todos: Estado y particulares. Pero el Estado no era esa máquina eficiente (o a la que se le puede pedir eficiencia) de hoy en día. El Estado español era una corte de un emperador que no acababa de dominar el entorno europeo y de convencerse que era el monarca más poderoso del mundo. A Carlos I no le quedó más remedio que abdicar y dejar todo el poder en manos de su hijo, Felipe II, quien se hizo de manera rígida, tal vez demasiado, con el trono. Las disposiciones oficiales para éste o tal asunto tardaban en llegar por parte de una administración que tenía tantas cosas que resolver y que contaba con no muchos funcionarios capacitados. Piénsese, entonces, en lo que sería disponer asuntos para las Américas, y más para una expedición fraccionada en sus participantes como era la de El Dorado.

La incomunicación —más que el abandono— agregados los flagelos de la selva desconocida y las rencillas personales, provocaron en Lope de Aguirre esa sensación de abandono y de traición desde las altas instancias. Entonces decidió ser uno solo, él con sus hombres, en una quimérica república independiente, sin renunciar por ello a la ilusión de El Dorado. El que sería para ellos solos, sin dar un gramo del costoso oro a la Corona.

La decisión del vascongado cala hondo en el ánimo de sus hombres quienes, como buenos conquistadores, estarían dispuestos a todo tipo de aspiraciones y venganzas. La primera de ellas contra el jefe de la expedición, Pedro de Ursua, navarro él y a quien apodaban el francés, acaso por la poca asunción como tierra española que aquellos conquistadores tenían del Viejo Reino. Navarra, al no ser conquistada por las armas, no gozaba del mismo palmarés que Granada. Comienza así una serie de venganzas y de disputas por el poder; desconfianzas, traiciones y reiteraciones de lealtad que no sólo minan el objetivo —el quimérico Dorado— sino todo lo que pudiera ser conquistable para la Corona o para ellos

mismos. Los marañones, pese a llamarse así como tal, se transforman en unos seres salvajes y desconfiados unos de los otros. Es Lope de Aguirre quien capitaliza toda esta tragedia.

La empresa no puede tener más éxito que con la conquista del Perú para la causa marañona. Un imperio importante para una causa importante. Pero hay que salir de un río que parece no tener fin y que cambia todos los días; dar la vuelta por el Océano hasta Tierra Firme y, superando las montañas de Nueva Granada, (la actual Colombia) caer sobre el territorio que ganara Francisco Pizarro a Atahualpa. Pero la erosión psicológica fue ganando terreno, al tiempo que Felipe II no tuvo clemencia con estos súbditos rebeldes y determinó su exterminio. Las tropas enviadas para tal cometido no hubieran sido necesarias, pues los marañones se encargaron de hacer fácil el trabajo a los punitivos. Lope de Aguirre veía traición hasta en la poca comida que consumía; no dormía y para la única persona que no se volvió inhumano fue para su hija Elvira, a quien mataría para que no sufriera el oprobio de ser la hija de un traidor. Traidor, lo que el guipuzcoano de Oñate se calificaba y a lo que tenía como buen título. No se podía ser otra cosa para con un rey que ya había traicionado a sus súbditos.

En la película *El Dorado*, de Carlos Saura, se echan de menos las vicisitudes pasadas por los protagonistas de esta epopeya. Oportunamente, Juan Antonio Jiménez, buen observador cinematográfico él, hizo notar la anomalía. En la película de Saura están presentes una excelente escenografía (natural y artificial) vestuario, etc..., pero faltó mucho de la problemática personal que se entiende como lógica en una empresa de tal envergadura. En la novela de Félix Álvarez Sáenz está puesto de relieve lo que no aparece en el film. En estas páginas se palpan los sufrimientos, aspiraciones y frustraciones de un grupo de hombres que pasó por todo lo humano, la lealtad y la traición, la victoria y la derrota, el odio y el amor.

A Lope de Aguirre y a sus marañones se les puede empezar a tratar con algo de justicia. El azote de Dios lo fue primero para sí, antes que para el entorno y la cólera divina.

Miguel Manrique

Fábula de Inocencio Onesto, el Degollado

Juan Octavio Prenz

Lar, Concepción (Chile), 1990, 137 páginas.

El poeta y traductor argentino Juan Octavio Prenz inicia, con esta *nouvelle*, su andadura de narrador, ya anticipada en los poemas de *Habladuras del Nuevo Mundo*, comentados en estas columnas. No lo hace con malos auspicios: Rabelais y sus ocurrencias tragicómicas lo preceden en esta historia de un hombre que decide cambiar de cabeza y al cual se le ingerta la de un ser monstruoso. Prenz nos sitúa ante un interrogante radical de la condición humana: ¿puede el sujeto renunciar a la historia, empezar de nuevo una vida que carezca de pasado? Por aceptar el símbolo de la historia: ¿es sustituible nuestra cabeza?

La moraleja de la narración es negativa: a Inocencio, paródicamente señalado en su honestidad por la falta de hache de su apellido, le resulta insoportable su nueva vida como la anterior, y sus días marchan a la autoaniquilación. Otra consecuencia trágica del relato: el hombre es un animal inubicable.

Prenz, con prosa apretada y trámite rápido, nos lleva al mundo de las narraciones filosóficas del XVIII. Es entonces cuando pasamos de Rabelais a Voltaire. Y su meditación antropológica nos recuerda al personaje de Mary Shelley, el innominado hombre modélico ideado por el doctor Frankenstein, que carece de historia porque carece de padres. Degenera en monstruo, según sabemos.

Paralelamente, el autor nos traza, en pinceladas socarronas y con intermitencias de cuentista oral, un cuadro caricatural de la dictadura argentina (1976-1983), que gira como una risueña pesadilla en torno a la metáfora mayor de este hombre que, de acuerdo con sus verdugos, decide ensayarse como animal sin historia. En cierto momento de la *nouvelle* asistimos a la prohibición de la risa. El gobierno sanciona sonrisas y carcajadas. Poco a poco, una mujer recupera su reflejo cómico. Y hace una mueca de amargo resabio. Podría ser la cifra de esta fábula donde todos podemos reírnos de nuestros mayores espantos.

Las vetas del texto

Jorge E. Dotti

Puntosur, Buenos Aires, 1990, 136 páginas.

El profesor Dotti, catedrático de filosofía política en Buenos Aires, investigador del CONICET argentino, reúne en este libro varios ensayos vinculados por la temática de la historia de las mentalidades.

Los asuntos puntuales de sus trabajos son: Alberdi y el problema de la emancipación sudamericana, la relación entre la ética y la ciencia en el positivismo, y la lectura de *El Capital* de Marx hecha por Juan Bautista Justo, su primer traductor al español y uno de los fundadores del socialismo en la Argentina.

De algún modo, y no obstante su carácter colectivo, estos trabajos se vinculan en torno a la construcción de la Argentina moderna, en la cual tiene un papel protagónico la ideología social y científica del positivismo. Alberdi, que viene de la escuela historicista, se impregna de positivismo progresista en tanto lector de los eclécticos, alumnos de Saint-Simon, como Comte mismo. Justo, con su concepción biológica de la historia, basada en los impulsos de nutrición y reproducción, proviene de cierto positivismo darwiniano, que se armoniza y se conflictúa al confrontarse con Marx.

Dotti domina ampliamente las fuentes de sus investigaciones y, además, pone el acento en los problemas de transculturación y en la posibilidad de considerar nativa/extraña la meditación filosófica en la Argentina, aunque de origen importado, de circunstancia concreta local. Fue la preocupación de Alberdi en el XIX y de Justo en nuestro siglo.

B. M.

Los libros en Europa

El amor en la Edad Media y otros ensayos

Georges Duby

Traducción de Ricardo Artola

Alianza. Madrid, 1990

En esta miscelánea, el medievalista Duby reúne una serie de artículos sobre el amor y el matrimonio en la Edad Media, las estructuras de parentesco y temas teóricos relativos a la historiografía francesa de nuestro siglo. De algún modo, pueden leerse en el contexto de la exitosa obra colectiva que, junto a Philippe Ariés, ha coordinado como *Historia de la vida privada*.

Experto en la «historia mínima», con la amenidad propia de los historiadores franceses, Duby analiza algunos aspectos de los códigos de amor y coyunda en la baja Edad Media, asentando su meditación sobre bases sociológicas, aunque viendo el conjunto cultural del que forman parte las figuras de los cónyuges, la matrona, la mujer malcasada, el amor del caballero por la inalcanzable dama, etc. Especial agudeza tienen sus hipótesis sobre el *amour courtois*, en parte coincidentes con las antiguas reflexiones de Arnold Hauser. El enamorado de la cortesía es un hombre obligado al celibato, que hace poemas a la señora del castillo, pero que, en rigor, ama al dueño de la casa, al marido de la dama, depositario de todos los poderes y prestigios de los cuales él carece. Por ello, la dama es una suerte de andrógino al que se denomina con la mixta fórmula de la *dómina* o el *midons*.